

Adiós, amigos de Montfort



ANÁLISIS

Prof. Roberto Adduci

robertoadduci@yahoo.com.ar

La realidad es vertiginosa. En medio de las celebraciones pascuales, la comunidad de La Santa Cruz de Fiorito despidió a sus padres montfortianos.

Seguramente, algún medio habrá cubierto las noticias; los portales señalaron sus apostillas; se subieron fotos: las redes explotaron... Sin embargo, ninguna de estas mediaciones pueden darle cuerpo a la lágrima de una barriada que saluda a los que le anunciaron el Evangelio durante 52 años, y lo vivieron con singular amor y coherencia.

Es la lágrima de Mirtha, de Alberto y Mary, de Jorge, Vivi, Gaby, Adrián, Zulma, Vero, Mónica, Tessy, Isabel; es la lágrima de todos, la de los que soltaron el llanto o lo mantienen contenido, para dejarlo explotar en el encuentro nuevo de catequesis, en la próxima reunión de grupo, en el rosario de la aurora en la misa de cada día.

El padre Pedro María Guiot saludaba con una forma pasional, como la de Pablo en sus cartas, "**iAlegremonos!**". Él gustaba saludar, con esa cadencia francesa y gardeliana, invitando a la alegría del encuentro; "¡alegremonos, Dios nos Ama!", si padre, tiene razón, gracias por ser testigo de su Amor.

La pasión de Luis María Montfort sembró en nuestra diócesis semillas de un Cristo encarnado en la realidad del pueblo, y siempre con la ternura maternal de María; y en verdad que la Buena Noticia se hizo carne cuando los sacerdotes celebraban en las capillas y bautizaban, y bendecían ermitas; cuando casaban a los hijos de los padres que casaron en otro momento, y llevaron a Cristo a la vida de tantos pibes del barrio, que La Santa Cruz es la casa del Pueblo.

Seguro que todos conocemos al nativo de Fiorito más famoso, pero los amigos de Montfort no tienen fama, más que la de humildes misioneros que vinieron a darse, en silencio. La fama es puro cuento; el testimonio queda.

*El padre Pedro María Guiot saludaba con una forma pasional,
como lo de Pablo en sus cartas, "**iAlegremonos!**"*

El obispo los despidió, se hizo presente y está bien; porque como pastor agradeció la gestión pastoral de los misioneros que deben volver a la casa que los necesita. Pero la fiesta está en el abrazo, en la palabra ahogada que no se dijo, en las imágenes pobladas de historia, con que la comunidad estrujó a los sacerdotes para retenerlos, más que para despedirlos. Pero ellos, no se van.

Se quedan, en la panadería que se montó para compartir el pan, en los talleres, en los cursos, en el seminario catequístico que promovieron, en el parque del patio de la parroquia, con el laguito, el puente y el jardín con flores. En las palomas que se posan sobre la puerta de la casa parroquial, y hacen desastres en el que se detiene un instante. Se quedan, en las cenas de todos los meses, ¡ah!... en cada verada de Fiorito salpicada de barro y pisada por sandalias criollas calzadas por un andar misionero, que vino a gritarnos: **iAlegremonos!**